

Miércoles XXII del TO
Ciclo B



4 de septiembre de 2024

1Cor 3, 1-9

Sal 32

Lc 4, 38-44

P. Eduardo Suanzes, msps

Estamos en Sábado. En Lucas, este trozo del evangelio desembocará en la escena de la vocación/llamado de los primeros cuatro discípulos, a los que Jesús les dice que les hará «*pescadores de hombres*». Y Jesús les va a explicar primero plásticamente qué significa eso de ser pescadores de hombres en unas escenas que tienen lugar antes del llamado. La denuncia contra el sábado es brutal¹: justamente en este día Lucas muestra la postración por todas partes y es Jesús, como contrapartida, el que va a liberar.

La primera escena es el exorcismo en la sinagoga; se trata de un episodio inmediatamente anterior a este que hoy nos ocupa, un hombre poseído por un espíritu impuro, es decir, de pecado, está en la casa de Dios, en la casa del Santo. Lo opuesto a Dios no está fuera, en los tradicionalmente tenidos por «enemigos de Dios», sino dentro, en el propio sistema religioso, simbolizado por la sinagoga, que postra-aliena al hombre. La Palabra de autoridad se enfrenta a los alaridos y gritos de los postrados. Pero Jesús libera.

En la siguiente escena, que es el evangelio de hoy, se nos muestra que no solamente en la sinagoga (ámbito religioso) aparece la postración; también en las casas (ámbito doméstico) hay postración, hay fiebre que derrumba y abate. De hecho Lucas, en la narración que nos ocupa trata a la fiebre como un demonio, pues *le conmina a que deje a la suegra de Pedro: y la fiebre le dejó*. Se utiliza el mismo verbo que utilizará al conminar a la tempestad para que se calme²

La suegra de Simón, personaje insólito porque ya no vuelve a aparecer más en los evangelios, postrada en cama, simboliza a cada uno de nosotros, postrados por nuestros «demonios interiores» que hacen que estemos incapaces para el servicio. Nuestro propio yo nos mantiene rígidos, sin poder actuar, sin estar sueltos. Como si hubiera algo en el interior de nuestro ser que nos paraliza para abrirnos y darnos completamente.

¿Cuál es el efecto del amor solícito y dado de Jesús?: que «*la fiebre desapareció, y ella se puso a servirles*». Lo que «ata» e incapacita a la persona deja de atarle, y eso le abre al servicio hacia los demás, al amor compartido. El amor y la misericordia liberan y capacitan para servir.

La escena transcurre en sábado, y esta mujer no podía servir la comida sabática, celebración del encuentro con el Señor. Ahora, con la irrupción liberadora de Jesús, sí puede. El «servicio» alude a una actitud que va a definir a todo discípulo en los evangelios

¹ Cfr. JEAN-PIERRE CHARLIER. *Jesús en medio de su pueblo III*. Ed. Desclée de Brouwer. Bilbao 1993

² Cfr. PIERRE GRELOT *Los milagros de Jesús y la demonología judía*. En *Los milagros de Jesús según el nuevo Testamento*. Ed. Cristiandad. Madrid 1979

(recordemos que los discípulos varones han de servir los panes y los peces tras la multiplicación). Por ello, esta mujer postrada por la fiebre es símbolo de los discípulos postrados. Ahora pueden «levantarse» y ahora los suyos saben que el camino es ese, el del servicio. Aquí, una «última» (mujer) ha recibido toda la atención y el amor de Jesús.

En el conjunto de la narración del evangelio de Lucas esta narración actúa como base psicológica sobre Simón, el pescador, para su posterior llamado³. Como dijimos arriba, Jesús está enseñando en qué consiste ser pescador de hombres antes de llamarlo. Los discípulos deberán atender a los «últimos» haciéndose «últimos» ellos también, abajándose, acercándose, sintonizando y amando, no dominando ni castigando. Eso será «pescar hombres».

En sábado no se puede salir de casa por la tarde: así está señalado en la Ley de Moisés. Pero en cuanto se pone el sol, acabado el sábado, todo el mundo sale a las calles; durante esas horas todo el mundo ha estado hablando de la curación realizada por la mañana en la sinagoga. Y como la postración no solo está en el ámbito religioso (sinagoga), ni solo en el ámbito familiar (casa de Pedro), sino por todas partes, enfermos de todo tipo ponen cerco a la casa y Jesús les acoge: ve en ellos sed de un mundo nuevo, de una vida nueva y el esbozo del nuevo pueblo de Dios que está en vías de constituirse⁴. Es durante el atardecer, es decir, el final del sábado, a la puesta del sol, a la hora de la noche, símbolo de las oscuridades y de las sombras que atenazan al ser humano que Jesús va a liberar a todo el que se acerque a Él. Lucas nos describe una migración: todos los enfermos de la ciudad se agolpan «a la puerta» de la casa de Simón. Mucha gente de esta muchedumbre está bajo el dominio del mal, de la postración simbolizada por las enfermedades y los demonios que las poseen; pero Jesús les toca y quedan liberados. Todo el pueblo necesitado-postrado acude a la casa y Jesús les sana. Y es que el mesianismo de Jesús implica liberación.

El Reino ha empezado a irrumpir. Huyendo de todo apego triunfalista, simbolizado por los gritos de los demonios expulsados que gritan « ¡tú eres el hijo de Dios!», Jesús prefiere el secreto mesiánico, el silencio y se irá, al despuntar el día, a un lugar solitario. Sin embargo, la gente quiere retenerle, secuestrarle, que sólo sea para ellos, indicando con esto Lucas la tentación de querer poseer a Jesús de una manera excluyente e interesada. Pero Jesús ha de extender esta "buena noticia" por todas partes.

En estos relatos se debe descubrir la victoria de Cristo sobre las fuerzas que encadenan y postran el espíritu y el cuerpo del hombre. La eficacia de su palabra se opone a la ineficacia de la ley, y en la casa de Pedro, es decir, en la Iglesia, el creyente es reanimado por Cristo, el resucitado⁵.

³ Cfr. JOSEPH A. FITZMYER. *El Evangelio según San Lucas II. Traducción y comentario*. Ed. Cristiandad. Madrid 1981

⁴ ALAIN PATÍN. *La aventura de Jesús de Nazaret*. Ed. Sal Terrae. Santander 1997

⁵ Cfr. PAUL LAMARCHE. *Los milagros de Jesús según san Marcos*. En *Los milagros de Jesús según el nuevo Testamento*. Ed. Cristiandad. Madrid 1979